

## UN BESO ESPECIAL

**M**e comentaba una vez el Caminante lo desagradable que resultaba, generalmente, entrar en las ciudades pero que el tema se complica en extremo cuando se da la doble circunstancia de la lluvia y la noche.

Ya en las primeras casas de los arrabales comienzas, me decía, a preguntar por la dirección de la pensión que había contratado por el teléfono móvil. A la desconfianza que provoca tu catadura se junta la molestia de la lluvia y el tenebrismo de la noche. En estos casos, confesaba el Caminante, acostumbraba a ponerse las gafas de cerca lo cual al añadirle un cierto aire de indefensión, restaba recelo y propiciaba el diálogo de “perdone, sabe usted como puedo llegar a la pensión -El descanso del caminante-, me han dicho que está por el centro”. A esta pregunta sucedía aquello de “verá, siga Vd. por esta calle, tuerza a la derecha, luego en la primera plaza que encuentre, coja un transversal hasta otra plaza y esta vez, verá una pastelería, tuerza a la izquierda y allí será mejor que pregunte pues, la verdad es que todavía se encuentra un poco lejos del centro” Gracias, dices, sin haberte enterado muy bien de tantas derechas e izquierdas y comienzas a caminar hasta que, repitiendo varias veces la petición de ayuda consigues llegar al lugar de tu alojamiento.

De las particularidades y peculiaridades de los alojamientos, encontrados por el Caminante, en sus periplos, bien pudieran constituir motivo para otro escrito pero ocupémonos ahora del presente.

Ya era día siguiente y el tiempo seguía desapacible cuando comenzó a organizarse para visitar la ciudad, a la que, por su importancia pensaba dedicarle un par de días.

La ciudad contaba con una cuarentena de edificios de interés entre los que se

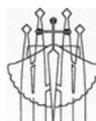
encontraba una iglesia dedicada al Señor Santiago, visita obligada, por el doble motivo de la cortés visita al Apóstol y la consecución de imágenes del mismo, trampa de coleccionismo en la, que apenas sin darse cuenta, había caído en sus viajes.

Así pues, se acercó a la plaza en la que se encontraba la Iglesia de Santiago, enorme edificio cuya mole se destacaba sobre todas las edificaciones circundantes. En el exterior se multiplicaban los signos Santiaguistas y Jacobeos, pero, pudo comprobar que el edificio se encontraba herméticamente cerrado. Pensó que quizá sólo se abriera la enorme fábrica a las horas de culto, así que echó la mañana a visitar parte del resto de la ciudad y a eso del atardecer se acercó de nuevo a Iglesia de Santiago.

La puerta seguía igual de cerrada sin que ningún cartel avisara de horarios, celebraciones de culto o cosa semejante. Pacientemente espero hasta que la noche encendió las luces de la ciudad. Preguntó a algunos de los pocos transeúntes que pasaron por los alrededores si conocían donde podía encontrarse la casa rectoral o alguno local anejo a la iglesia pero, sin resultado.

La noche y el frío aconsejaron una prudente retirada pensando en indagar al día siguiente en el Obispado si la Iglesia seguía abierta al culto, o, como había podido comprobar en demasiadas ocasiones, formaba parte de las muchas iglesias de Santiago cerradas para tales menesteres.

Las oficinas, bien sea de uno u otro estamento de nuestra sociedad presentan uno común denominador, la burocracia. Lo primero fue encontrar una ventanilla abierta y cuando esto fue conseguido, a mi pregunta de si la Iglesia de Santiago se encontraba abierta al culto y si sabía donde ponían el sello en la credencial del peregrino la figura “masca chicles” que se encontraba al otro lado, con voz de máquina contestó por orden a las preguntas “en este papel vienen los horarios de culto de todas las iglesias de la ciudad y, en cuanto al sello, es aquí pero ahora no está la persona encargada de ponerlo, así que vuelva a las tres que es cuando estará el encargado” y dando por



finalizado el diálogo cerró de nuevo la ventanilla.

Una visita ordenada de la ciudad hizo que pasara de nuevo por delante del Obispado antes de las tres y por aquello de vete a saber pregunté de nuevo sobre el sellado de la credencial. Ya escuchaba, por parte de la “masca chicles”, la misma respuesta de no ser aún la hora cuando una figura con aspecto de campesino trajeado que se encontraba en el interior se identificó como el párroco de la Iglesia de Santiago. Manifestó que, casualmente, debido a una gestión de la parroquia llevaba sobre sí el sello de la parroquia y que sí, que a las siete de esa tarde celebraban misa. Tampoco puso ningún reparo al deseo del Caminante para tomar fotografías de las imágenes que, del Apóstol, pudiera haber en su iglesia.

Antes de las siete de la tarde el Caminante se encontraba a las puertas de la Iglesia y, minutos después el párroco franqueó la entrada al templo.

El recuerdo de unas luces mortecinas que, apenas permitían tomar las fotografías, queda en la memoria del Caminante, así como de las imágenes que del Apóstol contaba la Iglesia. Un gran óleo con un Santiago a caballo constituía una de las diez que formaban el enorme retablo. Una talla en madera de un Santiago peregrino junto con otra talla también en madera de otro Santiago “Matamoros” complementaba la iconografía en cuanto a imágenes del Apóstol se refiere.

El párroco muy amablemente encendió cuantas luces pudo para facilitar la labor fotográfica del Caminante mientras que la enorme nave se iba ocupando por no más de una veintena de personas, mayoritariamente mujeres de una cierta edad.

Por aquello de querer corresponder a la gentileza del sacerdote el Caminante se colocó prudentemente en los últimos bancos de la iglesia y se dispuso a participar de la misa que comenzó al de pocos momentos.

Antes, el Caminante, se había fijado en una niña que literalmente revoloteaba por todo el recinto incluso alrededor del altar, criticando para sus adentros la aparente permisividad de los responsables de la niña al no impedir tales evoluciones.

La ceremonia de la misa se fue desarrollando de forma natural hasta el momento de “darse la paz”.

La ubicación del Caminante, alejado del grupo de feligresas, le impedía participar físicamente en el momento del acto que se celebraba cuando alguien tiró de la manga de su anorak. Cuando se volvió para saber quien trataba de llamar su atención se encontró con la revoltosa y criticada niña de antes sólo que, antes, no se había dado cuenta de la

circunstancia de que la niña era una “niña dow” que ahora estiraba su expresiva carita en un amago de ofrecimiento de beso para cumplir con el “daros la paz”. Inclínose el Caminante hasta llegar su cara a la altura de los labios de la niña que le rozaron levemente siguiendo para entregar a los demás parroquianos el regalo de sus pequeños y generosos besos.

Pocas veces, pensó el Caminante, haber recibido un beso tan cálido. El templo siguió iluminado con la mortecina luz del principio. Tampoco cambió nada de su desangelado aspecto. No se escuchó ninguna música especial que viniera de las alturas. Ni siquiera el tiempo pareció detenerse en aquel fantástico momento.

De ello han pasado dos años largos y aún, según palabras del Caminante, seguía vívido entre sus recuerdos más especiales la cara de la niña, su beso y la sensación experimentada de vuelta a la pensión de que quizás, su peregrinación o viaje podía, perfectamente, haber acabado en aquella, por comparación, pobre misa de las siete de la tarde en la enorme y triste Iglesia de Santiago de Ávila.

**Pocas veces, pensó el Caminante, haber recibido un beso tan cálido. El templo siguió iluminado con la mortecina luz del principio. Tampoco cambió nada de su desangelado aspecto. No se escuchó ninguna música especial que viniera de las alturas. Ni siquiera el tiempo pareció detenerse en aquel fantástico momento.**

